

Permitidme todavía algunas palabras sobre esta cuestion inmensa. La doctrina cristiana nos ha ilustrado acerca del fin supremo del hombre, y á fe que bien lo necesitábamos; pues pocas luces nos habia suministrado la filosofia en esta materia. Preguntad á Platon ó Aristóteles á dónde vamos, cuál es el término de la humanidad, cuál el paradero de la vida humana; preguntadlo á todos los filósofos del mundo que no beben en las puras fuentes de la fe cristiana, y solo obtendréis vagas, oscuras y contradictorias respuestas. Interrogad á la ciencia moderna, que debe estar mas adelantada por contar muchos miles de años y particularmente porque vive en la atmósfera cristiana, participando indirectamente, si bien indiferente ó incrédula, de la luz celeste que nos ilumina. Porque, señores, el mundo tiene su atmósfera moral así como su atmósfera física. En medio de las tinieblas de la noche, en medio de la mas densa oscuridad hay una luz difusa que puede ser percibida por un órgano delicado aclarándole los objetos. Pero en el orden moral la sutileza de los ojos del espíritu para ver las cosas inteligibles, y especialmente sobrenaturales, está en razon directa de la pureza y sinceridad del corazon. Con los ojos de la fe se ve muy claro en medio de la oscuridad del misterio; se ve lo bastante para conducirse, para ir al objeto, que es lo que mas importa, aunque no se ve suficientemente para saber, para gozar de la ciencia, lo que tampoco es necesario. Mas aquel en quien no se ha despertado esta vista interior, ó que carece del sentido de la luz sobrenatural, nada ve en la sombra, y esta es la razon porque nuestros filósofos, por regla general, alcanzan tan poco.

Cierto dia un filósofo de nuestro tiempo, y de los mas distinguidos, disertaba ante una numerosa reunion sobre la perfectibilidad humana y los medios de realizarla. Explicaba con complacencia la série indefinida de evoluciones y transformaciones que constituyen el progreso humanitario con todas las vicisitudes que debe atravesar y las peripecias que pueden atrasarlo ó acelerarlo. Pero al cabo de su discurso, por cierto muy bello y elegante, no llegaba á esa conclusion clara, precisa, que reclaman con ardor todas las inteligencias ansiosas de saber, y que debe enseñarles el término de sus trabajos, y el último fin de las agitaciones humanas. El filósofo hablaba mucho, desarrollaba sin fin, y nada concluia. Por último, una mujer de talento, y sobre todo de buen sentido, le interrumpió con alguna impaciencia. — Pero, señor, le dijo, ¿dónde iremos á parar por ese camino? ¿qué llegaremos á

ser despues de todas vuestras evoluciones y transformaciones? ¿Cuál será el término de toda esta metempsicosis? ¿Tendremos algun punto de fijeza, algun lugar de reposo? ¿Se acabará esto de alguna manera? El filósofo un tanto sorprendido, reflexionó por un momento, y respondió con cierto donaire: — ¿Señora mia, ¿cómo quereis que yo os lo diga? ¿Soy yo Dios por ventura? Estas palabras, escapadas á la conciencia del filósofo, son de una admirable verdad. En efecto, es necesario ser Dios para decir estas cosas, y precisamente porque necesitamos saberlas, nos las ha dicho Dios, el único y solo que podia revelarlas al mundo. Platon ha dicho, y segun creo, Ciceron ha repetido lo siguiente: «En tan graves cuestiones, ¿cuál es la opinion mas verosímil? «Solo un Dios podria enseñárnoslo.»

Ahora bien, veamos lo que el dogma católico nos enseña acerca del fin del hombre. Todos teneis el mismo fin, todos marchais al mismo término, y todos pasaréis por la muerte, que es la pena del pecado: despues de la muerte el juicio; despues del juicio la recompensa ó el castigo, la vida ó la muerte eternas. Todos teneis un Juez en el cielo, que desde su puerta os contempla y os aguarda. Os ha sido dada la ley, vosotros la conoceis, y esta ley os será aplicada, porque como criaturas libres sois responsables. Dios os juzgará sin distincion de personas, porque no tiene dos pesos ni dos medidas. Ante él no hay príncipes ni súbditos, grandes ni pequeños, poderosos ni débiles, ricos ni pobres, ni griego, ni bárbaro, ni esclavo, ni libre, no hay mas que almas, no hay mas que conciencias en presencia de la soberana Equidad. El nivel de la justicia pasará sobre todas las cabezas: la igualdad de la naturaleza confundirá todos los rangos, y ya no habrá entre los hombres mas distincion que la de la conciencia, segun el bien ó el mal de que vaya cargada. ¡Hé aquí cómo el Cristianismo entiende la igualdad, y cómo la sanciona! ¡Qué enseñanza y qué freno para los poderes de la tierra! ¡Qué alivio y qué consuelo para los pobres y los pequeños! ¡Ah! muy bien pueden ellos decirse á sí mismos, estos dichosos del siglo, reyes, príncipes, ricos, y poderosos, tambien han de ser juzgados como nosotros; tambien han de dar cuenta de su vida entera, y han de encontrar un Juez, un Dueño y un Vengador. De nada les servirán sus palacios, su púrpura, sus centros, sus riquezas, y todo su ostentoso aparato; su alma se ha de presentar ataviada solo con sus obras, sin velos ni disimulo ante el trono de Dios. La luz eterna iluminará los mas secretos escondri-

jos de la conciencia, y hará salir todo el veneno del mal que está oculto en ella. Entonces se hará justicia á todos: á cada uno se le pedirá, segun lo que se le haya dado, y cada cual recibirá segun lo que haya hecho. Por último, todos serémos iguales ante su ley en el tribunal de Dios.

Aquí teneis, señores, lo que enseña el dogma cristiano. Hé aquí las ideas liberales, y me sirvo á propósito de esta palabra, de la cual se abusa tanto en nuestros días: ideas verdaderamente liberales, que el Evangelio ha arrojado al mundo, cuando el poder romano agobiaba la tierra con todo su peso, ejerciendo la arbitrariedad de la fuerza sobre los pueblos esclavizados. Frente á frente de los conquistadores, dueños de la tierra, de aquellos romanos tan orgullosos con su poder como embriagados con sus triunfos; de aquellos romanos tan desdeñosos para con el resto de los hombres, que se creían de otra especie que los vencidos y los esclavos, ha proclamado el Evangelio la identidad de su naturaleza, el derecho comun, la igualdad de todos. Escandalizóse la orgullosa Roma, y el mundo pagano tuvo en horror todas estas novedades, que chocando con todas sus preocupaciones quebrantaban su jerarquía facticia. Por cierto que conocen muy poco la civilizacion antigua los que tanto la ponderan y quisieran resucitarla. En el orden antiguo, la corriente de los siglos y el abuso del poder habian estancado las preocupaciones mas irracionales, los mas monstruosos errores, y los hábitos mas absurdos y mas indignos del hombre, como se acumula sucesivamente en el lecho de un rio cuanto la corriente arrastra.

Vosotros no ignorais, señores, que en este mundo tan brillante, tan literato, tan sabio, en los siglos mas ilustres del Paganismo, se creía que la naturaleza producía hombres de especies distintas; que unos nacian para mandar, otros para obedecer; que un esclavo no valia mas que una bestia; que la mujer podia ser vendida como un animal de carga, pues no se creía con seguridad que tuviese alma; que los hijos eran propiedad de los padres, pudiendo ser vendidos y abandonados por ellos. Tampoco ignorais que los ilotas y los esclavos eran frecuentemente entregados á los bárbaros caprichos de sus dueños, quienes tenian derecho de beneficiarlos completamente en provecho de su interés ó de su gusto, sin respetar la naturaleza ni el pudor. Los Lúculos del Imperio cebaban los pescados de sus viveros con carne de hombres que se les arrojaban vivos; y Neron, que trataba á los Cristianos como

esclavos rebeldes, iluminaba los jardines con sus cuerpos embreados. ¡Aquí teneis ese mundo pagano, cuya grandeza tanto se admira! Si, hay grandeza en todo esto; pero la grandeza del despotismo y la barbarie. Que no se nos hable mas de una libertad fundada sobre la esclavitud, y que no puede mantenerse sino por los mas monstruosos abusos, y crímenes de lesa humanidad. Esa libertad es falsa, es la libertad brutal, el exceso de la fuerza desencadenada, el abuso del poder de la tierra, que extiende su mano férrea sobre los pueblos arrojando su pesado yugo sobre las muchedumbres, para que algunos hombres se alcen por encima de los otros gloriosos y magníficos, tiranos de sus semejantes, ámbitos caprichosos de su vida y de su muerte, despreciadores de la humanidad, que insultan la miseria cuando es débil, y la aplastan desdeñosamente con el pié cuando se remueve.

Voy á terminar con una consideracion que, en mi concepto, debe interesaros. El Cristianismo no se ha contentado con sembrar en el mundo por medio de sus dogmas las ideas mas liberales, sino que tambien ha dado muy graves enseñanzas á los grandes de la tierra, así como consuelos y admirables socorros á los débiles y pequeños. Él ha dicho á los príncipes de este mundo lo que nadie les habia dicho hasta entonces, á saber: Todo poder viene de Dios; *Omnis potestas á Deo*. De consiguiente, poderes del siglo, vuestra autoridad os viene de Dios, y á él teneis que dar cuenta de ella, como de un depósito que os tiene encomendado. Luego debeis ejercerla como él mismo la ejerce. Y como el que es la soberana bondad se da á todos sin distincion de personas, y procura la dicha y el bienestar de todos; vosotros, que sois sus delegados, debeis tener la misma voluntad, sin cuya condicion el uso del poder que teneis en vuestras manos no será moralmente legítimo. Vosotros sois los instrumentos de Dios, sus representantes; y solo se os ha dado el poder con la mision de ejercerle conforme á su espíritu y su ley, siendo los servidores de vuestros subordinados y súbditos: porque Dios se sirve de vosotros para hacerlos felices; él no os ha colocado á su cabeza, ni os ha dado el mando, sino para conducirlos por las vias de la verdad y de la justicia, trabajando con todas vuestras fuerzas en su bienestar, en la satisfaccion de todas sus necesidades y de todos sus intereses. Vosotros sois, pues, los servidores de los servidores de Dios; y de aquí en adelante el poder mas elevado que exista en el mundo se honrará con este título para enseñanza de los príncipes y los reyes. Desde

entonces, señores, existe en el sentimiento general de las sociedades cristianas el fundamental principio de que, los reyes son para los pueblos, y no los pueblos para los reyes: desde entonces, se cree generalmente que un poder no es legítimo ante Dios, sino á condicion de consagrarse á la felicidad de los gobernados: desde entonces, los poderes del siglo se dividen en dos clases: el uno puramente humano, terrestre, egoista, que obrando únicamente en exclusivo provecho de su interés y de su gloria, se sirve de sus semejantes en propia utilidad; este es el poder despótico: el otro, delegacion de Dios, que se reconoce como su ministro, que toma su ley por regla, su palabra por guia, y que trabaja con la conciencia de una terrible responsabilidad y de una mision espionosa en el bienestar y perfeccionamiento de los pueblos: este es el poder cristiano, tal como el Evangelio lo ha establecido en el mundo, origen de la gloria, de la fuerza y de la dignidad de las sociedades modernas.

¡Cosa admirable! Esta enseñanza política del Evangelio, esta gran leccion dada á los reyes de la tierra en interés de los pueblos, se halla confirmada y sancionada por uno de los principales misterios de la Religion católica, por el dogma de la Redencion. Sí, señores, el mismo Dios, el Rey de los reyes, Aquel que impera en el cielo y en la tierra, y de quien proceden la autoridad del imperio y la gloria, se hizo nuestro servidor; Él, á quién habíamos cruelmente ofendido con nuestra ingratitude, cuya palabra y ley habíamos despreciado, contra el cual nos rebelamos, y que podia abandonarnos á nuestra mala voluntad y á la muerte eterna, inevitable consecuencia de nuestro pecado. En su misericordia se humilló hasta nosotros para exaltarnos, y en su justicia se igualó á nosotros á fin de expiar el crimen en nuestro lugar, y rescatarnos con el precio de su sangre, dándonos la vida por medio de su muerte: descendió á este valle de lágrimas en la persona adorable de Jesucristo para instruir nuestra ignorancia, curar nuestra enfermedad, resucitar y salvar nuestras almas. Nos ha servido de todas maneras, así en las necesidades de nuestro cuerpo, como en las de nuestra alma, con su palabra, con sus bendiciones, con su oracion, con todos los actos de su vida, y últimamente con su muerte. Ha vertido su sangre en la cruz para lavar nuestras iniquidades; se hizo el siervo de los siervos, y murió por los que habia amado: lo que habia hecho lo enseñó á sus discípulos, y quiso que á su turno lo hiciesen ellos como él.

Una noche que estaba sentado á la mesa con ellos, toma un lienzo, vierte agua en un vaso, se arrodilla ante sus discípulos, y les lava los piés enjugándoselos despues con el lienzo. Sus discípulos se maravillan de su humildad, rehusando Pedro en un principio consentir en lo que creia indigno de su Maestro. — ¡Y Vos me habeis de lavar los piés, Señor! le dijo á Jesús; y respondióle Jesús: — «Tú no sabes ahora lo que yo hago, pero lo sabrás despues.» En seguida, y cuando ya les hubo lavado los piés, sentado otra vez en la mesa, les dijo: — «¿Sabeis lo que acabo de hacer? Vosotros me llamis Maestro y Señor, y teneis razon por que lo soy. Si, pues, os he lavado los piés, yo que soy Señor y Maestro, vosotros debeis tambien lavaroslos unos á otros; yo os he dado el ejemplo, á fin de que hagais con los demás lo que he hecho con vosotros. En verdad, en verdad os digo, el servidor no es mas grande que su amo, ni el enviado mayor que aquel que le envia. Si sabeis todas estas cosas, seréis bienaventurados con tal que las practiqueis.»

Otro dia, habiendo surgido una disputa entre sus Apóstoles sobre quién sería el mayor entre ellos, les dijo Jesús las siguientes palabras: «Vosotros sabeis que los príncipes de las naciones las dominan y que los mas grandes son los que ejercen autoridad. No sucederá así entre vosotros: el que quiera ser entre vosotros el mayor, hágase el mas pequeño; el que quiera ser el primero, sea el servidor vuestro, á ejemplo del Hijo del hombre, que no ha venido á ser servido sino á servir, y á dar su vida por la redencion de muchos.» Aquí teneis por qué el soberano Pontífice, vicario de Jesucristo en la tierra, jefe visible de la Iglesia, investido de omnímodo poder espiritual para el gobierno y la salvacion de las almas, á ejemplo de su divino Maestro, se llama el siervo de los siervos, *servus servorum*. Así como Jesús no está en la tierra para ser servido, sino para servir; y esto es lo que continuamente hace en la altísima posicion que ocupa, al derramar por el mundo las gracias, las bendiciones y las luces del cielo, cuyo depositario y distribuidor es, encargado de velar por la Iglesia universal y por todas las demás iglesias, hablando y distribuyendo á cada una segun sus necesidades para salvarlos á todos. Lo mismo hacen todos los ministros del Señor, los Obispos y los sacerdotes que ejercen dignamente el poder espiritual en nombre de Jesucristo y bajo la autoridad del Supremo Pontífice. Para ser los mas grandes entre los Cristianos, se hacen los mas pequeños; se convierten en ser-

vidores de las almas que dirigen, y les sirven como el buen Pastor hasta dar la vida por defender y salvar á sus ovejas.

Hé aquí, señores, cómo entiende la Religion católica el ejercicio de la autoridad y la práctica del poder: hé aquí cómo protege la libertad de los pueblos contra la arbitrariedad ó la violencia de los reyes. Desde que el Rey de los reyes se hizo el mas pequeño de los hijos de los hombres y se declaró por su servidor, reinar es servir, y el ejercicio de un poder que viene del cielo es el cumplimiento de un servicio.

Y no solo la Iglesia protege á los pueblos, á los pequeños, los súbditos y los débiles exteriormente, ilustrando y moderando los poderes del mundo, sino que tambien los fortifica interiormente con el don de la fe, con la vida sobrenatural que les comunica y con las gracias que les distribuye, haciéndoles capaces, por medio de la luz y la fuerza que les presta, de ejercer la mas elevada libertad. En efecto, la fe eleva el cristiano sobre las oscuridades é incertidumbres de la razon, y sujetando plenamente su inteligencia á la palabra divina, con las alas de la pureza y simplicidad de corazon es elevado á la contemplacion de las verdades eternas y de Dios que es el principio de ellas. *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt.* Igualmente por medio de la fe, la esperanza que la fe engendra, y por la caridad y el amor que esta enciende en el foco de su propio ser, el cristiano animado y sostenido por la gracia, y por lo mismo partícipe de la misma vida de Dios, se eleva por encima de sí mismo, de los lazos y relaciones naturales, de los intereses y glorias terrenales, de los peligros, de la fuerza y de las amenazas del mundo. Él, pues, queda soberanamente libre, gozando de la libertad de los hijos de Dios; de modo que el mártir que da su vida por conservar su fe y entrega su cuerpo y su sangre, guardando su conviccion, es el mas libre de los hombres en medio de los suplicios; porque pudiendo sobre llevarlo todo por aquel que le fortifica, obra por sí mismo, por impulso propio, arrojando las violencias exteriores y sobreponiéndose á las necesidades de la naturaleza.

De todas estas consideraciones, señores, podemos concluir lo que habíamos anunciado, á saber: que el dogma cristiano, que el dogma católico es esencialmente favorable á la libertad, por cuanto la pone en Dios, soberana y absoluta *ad intra* y *ad extra*, en Él mismo, y en el acto de la creacion y de la providencia: la pone en el hombre, hecho á imágen y semejanza de Dios, delegado y

representante de Dios en el gobierno de las cosas de la tierra; y la pone entre los hombres, que tienen el mismo padre, el mismo origen, la misma naturaleza, la misma ley y el mismo fin. — De aquí la fraternidad, la igualdad y el derecho comun. La garantiza asimismo contra el poder del César, enseñando al César que su poder proviene de Dios, y que despues de Jesucristo, mandar es servir. Por último, la exalta y la transfigura por medio de la fe, que prestándole la fuerza sobrenatural de romper todos los lazos, arrostrar todos los peligros y padecer todos los dolores, la hace invencible ante las potencias del mundo y del infierno.